

LUIS LLORENS TORRES Y JUAN GARCIA DUCOS

Pr. Roberto H. Todd

Lo que vamos a referir ocurrió hace seis o siete años, a raíz de haber publicado Llorens su obra "Voces de la Campana Mayor". Tuvi- mos necesidad de hablar con Llorens y nos dirigimos a su bufete que entonces estaba situado en los altos de la casa que hace esquina a las calles Fortaleza y San José. Encontramos a Llorens dictando un trabajo a su taquígrafa y quisimos marcharnos, pero Llorens, gentil como siempre, nos hizo pasar llevándonos a su despacho, en el que se encontraba el Lcdo. Juan García Ducós, y nos pidió que lo excusáramos mientras él terminaba de dictar un documento, y dirigiéndose a García Ducós le dijo: "Oye, Juan, cuéntale aquí a Don Roberto el papel ri- dículo que me hicistes representar ayer", y se marchó.

Nos quedamos esperando y García Ducós habló así: "Yo no sé si Ud. sabe que entre Llorens y yo media una amistad estrecha, camarade- ría que no tiene igual. Nos conocimos hace muchos años, y aunque él es más viejo que yo, aunque dice él lo contrario, ⁽²⁾ no tenemos secretos entre los dos, y lo mío es de él y lo de él es mío. Esta amistad in- tima nació cuando éramos legisladores, en aquellas célebres Cámaras Unionistas, en las que eran compañeros nuestros, bien en el Senado o en la Cámara, Eugenio Benitez Castaño, Canales, López Díaz, ~~E~~duardo Cautiño, y otros. Tengo en Aguadilla una pequeña imprenta, con tipos y material bastante para componer, imprimir y encuadernar un libro si no es de tamaño grande, y en uno de mis viajes Llorens tenía nece- sidad de editar su última obra titulada "Voces de la Campana Mayor", que contiene una colección de sus últimas y mejores poesías. Me lo dijo y yo le contesté que yo sería su editor. No convinimos precios ni condiciones; entre Llorens y yo no había necesidad de eso, y se imprimió el libro, y se editó con una bella y llamativa encuadernación, y hace

y hace más de un mes que Llorens recibió toda la edición. Pero si con Llorens no llevo cuentas no sucede lo mismo con el vendedor de papel que me suple para mis necesidades, y ahora me apura para que le pague la última factura, precisamente del papel con que se hizo el libro de Llorens. Cuando llegué aquí, de eso hablé con Llorens y me dijo: "Mira a ver si Campos tiene vendida algunas de mi última obra". Llamé a Campos y solamente tenía \$3.50 que, naturalmente, no me llevaba a ninguna parte.

Cuando García Ducós iba por aquí en su relato entró Llorens interviniendo en la conversación. "Este amigo tiene la manía de creer"- intervino diciendo - "que un libro de poesías puede venderse fácilmente, y yo le he dicho que si hubiera tenido que vivir de los libros de poesías que he escrito en mi vida hace tiempo me hubiera muerto". Aquí intervino García Ducós, diciendo: "Lo que te dije te lo probé. Si se hace un libro y se coloca en los escaparates de los vendedores y no se hace una campaña, esos libros se quedarán durmiendo el sueño eterno. En cambio, del mismo modo que en todo el día de ayer vendimos y digo vendimos porque tú me acompañastes - 100 ejemplares de tu última obra, recibiendo en pago de cada ejemplar la cantidad de \$5.00. . .". Sorprendidos de esta manera de hablar, pedimos explicaciones a García Ducós, que continuó en esta forma: "Mi creencia de hace ^{muchs tiempo,} ~~varios días,~~ que ha quedado confirmada por lo sucedido ayer, es que para colocar y vender un artículo, ya sea mercadería corriente o un libro de versos, hay que saber presentar el artículo, y el resultado es fácil. Ante la objeción que mi amigo Llorens ponía, yo le aposté que si él me acompañaba en mi trayectoria por San Juan, yo colocaría 100 ejemplares de su última obra a no menos de \$5 cada uno. Me apoyaba en la idea, que quedó comprobada ayer mismo, de que todo el mundo en San Juan, tanto

los de arriba como los de abajo, saben que tenemos en Luis Llorens Torres el mejor poeta de Puerto Rico, y quizás de toda América, y que una obra de él dá prestigio al que la tiene en su biblioteca. Quedamos en salir ayer temprano por la mañana y aquí vine, y a las ocho ya estábamos en el bufete. Yo metí en una pequeña maleta 100 ejemplares de la última obra de Llorens, agregando también varios ejemplares por si teníamos que regalar algunos. Salimos a pie remontando la calle de San José, y al llegar a la calle San Sebastián, en aquel sitio que se ha convertido en plaza de mercado, después que el Municipio ha arrendado la única que teníamos en San Juan, ví a un vendedor ambulante, que tiene tres o cuatro canastas llenas de verduras, plátanos, etc., y cuya cara me era familiar, pues el vendedor era de allá de Aguada o Aguadilla, me acerqué a él, me saludó respetuosamente, y me preguntó qué buscaba yo por allí, y le contesté que trataba de venderle un libro. El pobre jíbaro abrió los ojos, y me dijo: "Don Juan, ¿y para qué quiero yo un libro?" A lo que le contesté: "Tú no lo querrás, pero te hace falta para que tus hijos se eduquen, y además, tú has oído hablar de Don Luis Llorens Torres," a lo que contestó el jíbaro: "Y lo he oído recitar por la radio," "pues aquí lo tienes", le contestó García Ducós. "¿Es éste el Sr. Llorens?", - "el mismo"- y él mismo te va a poner su nombre y su firma en este ejemplar de su libro que yo *he* venido a venderte", y efectivamente, Llorens sacó su pluma fuente y firmó con su autógrafo el libro de referencia, y lo entregué al jíbaro, quien me preguntó, "¿y cuánto es, Don Juan?" - "cinco dólares". "¿Cinco dólares, Don Juan?, eso es muy caro para mí". "No es caro, dame los cinco dólares y vas a hacer otra cosa, a decirme quienes son los que por aquí pueden comprar otros de mis libros". Aquel jíbaro bonachón, después de darme los cinco pesos, me dió los nombres y me señaló los sitios de unos cuantos vendedores iguales a él, y entre ellos me dijo:

que se llama *Generoso* - 42

"Este es muy amigo de Don Roberto, cuando Ud. le hable menciónese el nombre de Don Roberto, y no habrá inconveniente ninguno". Puedo decir a Ud. que cuando salimos de los alrededores de la antigua plaza del mercado habíamos colocado más de una docena de ejemplares del libro de Llorens. Continuamos nuestra marcha por distintas calles, y al fin llegamos a la Marina, después de haber tenido un éxito completo en las calles de San Francisco, Fortaleza y Tetuán."

Aquí interviene Llorens para decirle a García Ducós, "cuéntale a Don Roberto lo que nos pasó con el gallego". "A eso iba," contestó García Ducós. "Fuimos a una casa de comercio y preguntamos por el dueño y nos dirigieron a la oficina, donde un señor que al contestarnos dió todas las señales de ser gallego, nos hizo sentar; le hice la misma introducción sobre el libro, y me cortó la palabra diciéndome: "tomaré un ejemplar para mí y otro para mi hermano que está en España", y aquí Llorens firmó los dos ejemplares, y el gallego entregó los diez pesos que acababa de sacar de la caja, pero ocurrió un incidente, y creo que es a lo que se refiere Llorens. Mientras el gallego sababa los diez pesos de la caja, nos dijo: "de las poesías del Sr. Llorens que más me ha agradado es la que dice de la estatua de Juan Ponce de León que debería venir a la plaza donde hiciera honor a una mujer." Y agregó el gallego: "por esa poesía tan bella, sería yo capaz de dar hasta veinticinco pesos". Llorens se volvió a él y le dijo: "no tendrá Ud. que pagar veinticinco pesos por esa poesía porque yo voy a tener el gusto de enviársela por correo con mi dedicatoria. Pertenece a mi poema "La Mujer Puertorriqueña."

"Para no cansar a Ud. con un relato detallado de la venta de este libro, puedo decirle que con solamente el intervalo de tres cuartos de horas que teníamos para almorzar, cuando llegamos al bufete a las cuatro de la tarde habíamos colocado los 100 ejemplares, y yo tenía

en mi poder quinientos pesos, - "de los cuales - intervino Llorens, "le entregué doscientos cincuenta, y me quedé con el resto". Y si estuviera dispuesto a acompañarme a dar una vuelta por la isla - le contestó García Ducós - te aseguro que colocábamos toda la edición".

Cuando terminó este relato, con la sorpresa natural por mi parte, les pregunté a esos amigos si me lo referían para que yo lo diese a la publicidad, y ambos protestaron "de ninguna manera, de ninguna manera", no se trata de publicidad alguna, solamente queríamos que Ud. tuviese conocimiento del hecho ocurrido ayer."

Cuando hace solamente un par de meses visité a Llorens Torres en el Hospital Presbiteriano, donde estuvo recluido antes de embarcar a los Estados Unidos tratando de encontrar salud, recordé el episodio de la venta de su libro por Don Juan García Ducós, que había muerto en noviembre de 1943, y pregunté a Llorens si me autorizaba para yo hacer la publicación del relato hecho en su presencia por el Sr. García Ducós. "No, no, si acaso el día que yo muera puede Ud. hacerlo".

Ambos han desaparecido. Amigos entrañables, apenas se llevaron siete meses de diferencia, pues Llorens murió el 16 de junio de 1944.

En el relato hecho por García Ducós, que se publica hoy por primera vez, del éxito que tuvo vendiendo en un solo día 100 ejemplares de un libro de versos de Llorens, a cinco dólares el ejemplar, demuestra que por mucho mérito que pueda tener una persona, y Llorens lo tenía de sobra, siempre hace falta un Crispín que lo empuje y lo exalte para que en seguida el público aplauda y se asegure el éxito. El tipo del personaje Benaventino es más importante de lo que muchos se figuran y García Ducós demostró en este caso que había equivocado su carrera. Si en vez de estudiar abogacía se hubiera dedicado a los negocios, o a vender seguros de vida, hubiera muerto dejando una fortuna.

(#) El expediente personal de ambos existente en el archivo del Tribunal Supremo, demuestra que Llorens tenía 72 años cuando murió, García Ducós, 61. Consta este dato en documentos jurados por